

# Soler Puig en la memoria

LE ENVIÉ CARTAS CON CUANTO ESCRITOR CUBANO PASÓ POR México o por Estados Unidos, durante los cinco años que ya dura este ¿exilio?, ¿alejamiento?, vivir fuera de Cuba. No esperaba que me respondiera sólo que supiera que yo lo recordaba con el mismo cariño, que lo imaginaba escribiendo apuntes para una futura novela, rodeado de sus nietos, conversando con su esposa Chila, o desandando Santiago de Cuba. Nunca supe si estas cartas llegaron a sus manos. Todo en Cuba es tan imprevisible y frágil, hasta la buena voluntad de la gente. Preferí pensar que él había leído mis cartas y las había guardado con alguna foto mía y de mi hija, de las que nos tomamos juntos, en alguna de mis repetidas visitas a su casa. Y es que este hombre era para mí no sólo el más importante de los novelistas cubanos vivos en la década de los noventa. José Soler Puig se parecía muchísimo a mi abuelo. Tenía el mismo respirar jadeante, el cuerpo largo y enteco, los ojos inquisitivos y burlones, el don de contar historias y una ingenuidad a prueba de años. Como había perdido a mi abuelo cuando era niña y nunca me resigné del todo, al encontrar a Soler hicimos un pacto: yo sería su nieta mayor.

Viajé a Santiago para conocerlo hace veinte años. Estudiaba un curso de teoría literaria en la Universidad de La Habana con Salvador Redonet y éste me estimuló a analizar la novela de Soler *El Caserón*. La obra me deslumbró de inmediato y me pagué el boleto del tren para conocer al autor. Luego de un día de camino llegué a su casa. Era la única referencia literaria y real que tenía en la ciudad, por lo que Soler me dio alojamiento y consejo. La noche en que lo conocí conversamos mucho: él, balanceándose en un sillón, como para evadir las continuas visiones que lo acosaban. Todos los personajes tremendos de su novela desfilaron por la sala. Fue generoso y profundo en sus comentarios sobre el texto que yo le llevaba. Desde entonces siempre le envié de antemano todo cuanto escribí sobre

su obra. Su cercanía intelectual y moral fue un estímulo decisivo en mi carrera profesional como ensayista y crítica. Siempre me dijo: “Tú puedes” y yo he seguido intentándolo. Nuestro trabajo conjunto abarcó la reedición crítica de *El Caserón* por Ediciones Unión, obra que nunca supe si vio la luz, la edición de *Ánima Sola* por Letras Cubanas, la revisión del manuscrito de *Una mujer*, publicada luego en esta misma editorial, entrevistas para revistas nacionales y latinoamericanas como *El Caimán Barbudo* y *La palabra y el hombre*, y estudios sobre sus novelas que aparecieron en *Casa de las Américas*, *Unión* y *Del Caribe*.

Me apasiona analizar su obra. Su secreto como escritor reside en el arte del cómo narrar la historia, en el acto de creación del narrador como voz, tono y personaje. Quienes recuerden *El pan dormido* saben que este recurso alcanzó allí su cima como depurada técnica literaria. Fue ésta la obra que más se divulgó en el extranjero y a la que más atención dedicó la crítica literaria nacional, pero aún está por evaluarse la labor de conjunto de su novelística donde sobresalen por su original concepción obras como *El derrumbe* y *El nudo*, por no volver sobre mi preferida *El Caserón*. Una fina entretela separa en estas obras la realidad de la imaginación, la minuciosa descripción objetiva de la subjetividad en las atmósferas. Soler era un maestro para empastar voces y contextos. Sus novelas transpiran la historia más que la narran. El dialogismo, diríase con Bajtín, tuvo en el escritor cubano un magnífico cultor. Otros lo celebraron por su afinidad estilística con el “nouveau roman”. Soler Puig, encerrado en su provinciana ciudad, desentendido de los rituales de la fama, alejado de los centros del poder político, leía vorazmente a los clásicos castellanos, a los novelistas latinoamericanos contemporáneos y a los alemanes, entre quienes prefería a Gunter Grass. Aprendía de todos: “El escritor es un ladrón”, decía. Pero sobre todo se mantuvo atento al dictado de la historia de su gente. Reconstruyó como nadie las luchas clandestinas revolucionarias en Santiago, el pasado de la industria ronera de los Bacardí en el siglo XIX; todo desde el tono menor de lo cotidiano que era su ángulo de visión preferido. Como Dostoyevsky, en cuya admiración coincidimos, Soler pensaba que: “El mayor milagro ocurre en la realidad misma”, pero de igual modo que: “La sencillez es enemiga del análisis”. Así fue como persona y como escritor: simple y múltiple. Con otras palabras: un creador auténtico.

Cuando supe de su muerte me encontraba de paso en Miami. Alguien me llamó por teléfono y luego leí una nota en el periódico local. Llamé a La Habana para pedirle a un amigo común que le transmitiera mi pésame directamente a Chila. Les había prometido que estaría junto a la familia, en Santiago, cuando sucediera lo que ya preveíamos desde hacía tiempo dada la precaria salud de Soler. No cumplí con la cita. No he podido entrar a mi país en los últimos cinco años. La puerta ha estado cerrada para mí, no importa cuál sea la vía por la que he solicitado la mínima apertura de una visita.

Sé que el cadáver de Soler fue enterrado en Santiago de Cuba. Cuando regrese algún día con mi hija, tendré una tumba más que mostrarle en Santa Ifigenia. Entre tanto, desde lejos, escribo estas breves líneas para rescatar su sonrisa de abuelo y su estatura de novelista. Para que la distancia no clausure la única y quizá la mejor forma que tengo de recordarlo.